

DÉCIMO NOVENO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Hay temporadas en las que los problemas de nuestro ser amado nos consumen tanto que ahogan casi todo lo demás. El miedo al futuro, la desilusión por las promesas no cumplidas y la incertidumbre de lo que ocurrirá después pueden fácilmente dominar nuestros pensamientos. Durante estos momentos, se vuelve difícil reconocer que Dios aún está presente y aún está obrando. Este domingo, las lecturas nos recuerdan que Su fidelidad no desaparece en medio de las tormentas de la vida.

En la Primera Lectura, Elías encuentra al Señor de una manera inesperada (1 Reyes 19:9a, 11-13a). Un viento huracanado, un terremoto y un fuego pasan frente a él, pero el Señor no estaba en ninguno de ellos. Por el contrario, Dios viene en el murmullo de una brisa suave. Elías reconoce su presencia, se cubre el rostro y sale a su encuentro.

Aquellos que se ven afectados por la adicción de otra persona, muchas veces esperan un cambio dramático. Esperamos una conversación que cambie las cosas, un compromiso duradero con la recuperación o la completa transformación de alguien a quien amamos. A veces esos momentos ocurren. Pero más frecuentemente, Dios trabaja silenciosamente dentro de nosotros. Nos fortalece por medio de la oración, la comunidad, los límites sanos, las conversaciones honestas y la decisión diaria de poner a nuestro ser amado bajo Su cuidado. Estos momentos serenos de gracia pueden parecer pequeños, pero gradualmente remodelan nuestros corazones.

El Evangelio nos muestra otra imagen poderosa de lo que es la fe aún durante la incertidumbre (Mateo 14:22-33). Mientras los discípulos luchan contra el viento y las olas, Jesús se acerca a ellos caminando sobre el agua. Pedro baja de la barca al ser llamado por Cristo y comienza a caminar hacia Él. Pero cuando Pedro se enfoca en la tormenta en lugar de en Jesús, se llena de miedo y comienza

a hundirse. Inmediatamente clama, “¡Sálvame, Señor!”, y Jesús le tiende la mano.

La recuperación familiar muchas veces sigue este mismo patrón. Comenzamos confiando la vida de nuestro amado a Dios, sólo para encontrarnos otra vez llevados por el miedo cuando las circunstancias se vuelven difíciles. Una recaída, la confianza rota, el estrés económico, o alguna otra crisis pueden rápidamente alejar nuestra atención de Cristo. Poco después, nos encontramos nuevamente intentando arreglar situaciones que están fuera de nuestro control.

La experiencia de Pedro nos recuerda que la fe no es la ausencia de miedo. Es poner nuevamente nuestra atención en Cristo cuando el miedo empieza a apoderarse de nosotros. La recuperación nos enseña que no podemos controlar las decisiones de otra persona, pero podemos elegir en dónde enfocarnos. Seguimos orando, participando en juntas, buscando el consejo sabio y atendiendo nuestra propia salud espiritual. Estas prácticas nos mantienen conectados con Aquél que se mantiene firme aún cuando la vida se ve incierta.

Esto no significa que dejemos de amar a aquellos que están luchando. Por el contrario, muchas veces nos volvemos más capaces de amarlos porque nuestra esperanza ya no está atada a los resultados que no podemos controlar. Los límites sanos, la comunicación honesta y un desapego compasivo se convierten en expresiones de confianza más que de miedo. Aprendemos a apoyar la recuperación sin asumir la responsabilidad por las decisiones de otra persona.

Con el tiempo, descubrimos que Dios ha estado transformándonos silenciosamente. Nos volvemos menos reactivos, con más paz, y más confiados en Su cuidado. Comenzamos a responder de manera cuidadosa en lugar de impulsiva. Descubrimos que nuestra

seguridad no yace en cambiar las circunstancias, sino en Cristo, quién se mantiene presente a través de cualquier tormenta.

El murmullo que escucha Elías y el rescate de Pedro nos muestran la misma verdad. Dios nunca está ausente cuando la vida se percibe abrumadora. Al continuar en la recuperación familiar, somos llamados a escuchar Su voz suave, mantener nuestros ojos en Cristo y confiar en que siempre nos tiende Su mano, aún cuando las olas se perciben más fuertes que nuestra propia fe.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Qué situaciones son más susceptibles de llamar tu atención lejos de Cristo y de vuelta en el miedo o el control?
- ¿En dónde has experimentado la obra silenciosa de Dios en tu propia recuperación, aún cuando la situación de tu amado no haya cambiado?
- ¿De qué manera mantener tus ojos en Cristo te ayuda a responder de forma diferente a una situación difícil esta semana?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA 1 Reyes 19:9a, 11-13a

SAL. RESP. Salmo 85:9, 10, 11-12, 13-14

SEGUNDA LECTURA Romanos 9:1-5

EVANGELIO Mateo 14:22-33